

realidad que «pre-existe» al acto cognoscitivo. Esta teoría se sustenta en la comprensión teleológica de la naturaleza, dentro de la cual está el hombre ordenado a la consecución de su fin a través de sus facultades superiores. El segundo capítulo está dedicado a los hábitos especulativos, entre los que destacan los hábitos de los primeros principios (*nous*). ¿Es innato este hábito o *intellectus principiorum*? La importancia de este hábito en el conocimiento es fundamental, puesto que conocemos siempre bajo la luz o guía de los primeros principios, los cuales no se dejan captar de modo directo, sino más bien concomitante al conocimiento objetivo, explícito. En el tercer capítulo se estudia la distinción entre *intellectus* y *ratio*, que son dos modos de conocer del entendimiento, lo cual permite establecer una relación entre intelecto (hábito de los primeros principios) y la ciencia. Aquél es anterior al de la ciencia, pues ésta necesita partir de un conocimiento directo e inmediato de la verdad que, a la vez, le sirva para justificar las conclusiones a las que ha llegado la razón. El hábito especulativo más eminente es el de la sabiduría, a la cual compete conocer los principios de un modo directo y explícito, ordenarlos, enunciarlos y defenderlos de las posibles impugnaciones.

La tesis defendida y expuesta con claridad y precisión por Patricia Moya toca un punto fundamental de la filosofía tomista: el conocimiento de la verdad. En un momento de escepticismo generalizado, de derrota de la razón y de su sustitución por teorías «interpretativas», conviene volver a oír la voz de los filósofos que durante siglos han sido los maestros del pensamiento. Ahí encontraremos matices interesantes acerca de la distinción entre verdad, certeza y sabiduría. La ordenación natural de la inteligencia a la realidad es también orientación a la verdad. El conocimiento de ésta es posible pero no absoluto. En último término, el valor metafísico de los primeros principios (son principios del ser y del conocer) reside en una concepción teleológica de la realidad. No hay principios en una concepción de la realidad sin fines, pues el principio remite necesariamente a un fin o causa. En suma, la autora de este libro ha hecho una buena contribución al conocimiento del pensamiento tomista. JORGE M. AYALA

RAIMUNDILULLI, *Opera Latina*, cura et studio Instituti Raimundi Lulli Universitatis Friburgensis, t. 19, Turnhout, Brepols Editores Pontificii, 1993, 517 pp., 26x17 cms.

Este tomo de una serie ya muy larga ha sido editado por Fernando Domínguez Reboiras y contiene obras escritas por los años 1299-1300. En primer lugar se publica *Principia Philosophiae* (p. 79-326). Lulio pretende en ella elaborar los principios de la ciencia filosófica, una nueva manera de filosofar subordinada al Arte. Quiere mostrar cómo el Arte es aplicable a las cuatro ciencias generales (teología, derecho, filosofía, medicina), es decir, los métodos de su Arte son universales y aplicables a todos los saberes. Ese método universal sirve para encontrar la verdad y también para convertir infieles. Son ideas e ilusiones de toda la vida intelectual de Raimundo. El libro está escrito en el horizonte de las reflexiones sobre el puesto de la filosofía y teología en el conjunto de las ciencias que se hacía en el París que tiene delante. La geometría está también al servicio de su visión universal del saber. Utiliza Lulio términos técnicos y doctrinas con diferente sentido del que tienen en otros autores contemporáneos.

En segundo lugar, se publica *Dictatum Raimundi et eius Commentum* (pp. 347-406). Son en realidad una sola obra escrita originariamente en catalán, pero hay varias versiones latinas hechas por el mismo Lulio o encargadas por él. El *Dictat* es un poema de cerca de 280 versos pareados exponiendo una serie de proposiciones con las que quiere probar las verdades fundamentales del

cristianismo y ofrecer un guión para la predicación a sarracenos y judíos. En el *Commentum* explica en prosa el verso latino y los argumentos ahí contenidos.

Debería seguir el *Liber de orationibus*, pero como sólo hay edición catalana, no se publica, y solamente se pone una nota crítica sobre ese escrito (pp. 407-411).

Sigue *Medicina peccati*. (*Dictatum de Trinitate et Liber de Oratione*), que abarca las pp. 423-455. Es una de las obras más extensas con cerca de 5.877 versos. Se divide en cinco partes: contrición, confesión, satisfacción, tentación y oración. Se publica la versión latina, aunque antes había aparecido la catalana. Ambas interesan mucho para establecer el texto y hacer las correcciones convenientes.

Finalmente, este tomo termina con el *Compendiosus tractatus de articulis fidei catholicae* (pp. 463-504). Es una traducción latina del *Commentum Dictati* anterior, mandada hacer por el mismo Lulio.

Tal es el contenido y las obras de este volumen, n.º 19. Cada tratado lleva una introducción muy documentada explicando el contenido doctrinal, la autenticidad, manuscritos, transmisión en códices y ediciones, importancia dentro de la obra y vida de Lulio. Después se establece el texto con la mayor seguridad dentro de un formidable aparato crítico. Al principio de todo va una introducción general al presente tomo, sobre la vida y producción de ese mallorquín universal.

La obra de Lulio contiene toda la problemática de la filosofía medieval, sobre todo en relación al cristianismo, a los árabes y a los judíos. La gran deuda que tenemos con él, como era la publicación de sus *Opera latina* está en vías de saldarse, gracias al Instituto Raimundo Lulio de la Universidad alemana de Friburgo de Brisgovia, al que felicitamos con profunda admiración.

VICENTE MUÑOZ DELGADO

BEUCHOT, Mauricio, *El espíritu filosófico medieval*, México, Universidad Autónoma de México, 1994, 219 pp., 15x20 cms.

Pudiera desorientar el título. No se trata de una obra en pos de la ya clásica de E. Gilson, *L'esprit de la philosophie médiévale*, sino de un conjunto de estudios sobre la filosofía de la Edad Media, publicados al socaire de la circunstancia. Éstos son los temas para ser más tenidos en cuenta: el argumento ontológico de san Anselmo; metafísica y sabiduría en san Alberto y santo Tomás; filosofía de san Vicente Ferrer, especialmente en su aspecto político-social; en torno al escepticismo medieval; experiencia religiosa en la Edad Media; teoría de las distinciones; teoría del concepto en la Edad Media como antecedente de la Edad Moderna, etc... Otros estudios son de menos entidad y algunos frisan la mera información didáctica.

La crítica puede advertir aspectos muy positivos en esta obra e, igualmente, negativos. De valor positivo juzgamos subrayar en el argumento ontológico su vertiente conceptual y existencial. Pero es de lamentar el silencio sobre su mejor defensor en la Edad Media: san Buenaventura. También es muy de notar el apartado sobre la clasificación de la experiencia religiosa en la Edad Media con cuatro apartados: san Agustín o la paz del alma; santo Tomás o la contemplación oblativa; Eckhardt o el gozo; san Juan de la Cruz o la obediencia. Con matizaciones, este apartado está pidiendo un libro. Pero sin silenciar las experiencias religiosas de los grandes místicos del siglo XII y de san Buenaventura en el XIII. La celeberrima cuestión de las distinciones se expone con claridad. Pero estudios últimos, como los de Oromí sobre las distinciones escotistas, están pidiendo ser tenidos en cuenta.